

de aquellas legiones de solitarios, mas semejantes á los ángeles que á los mortales, habia caido en un envilecimiento igual á su antiguo esplendor, y los que habian sido su mas brillante adorno, eran ya su mayor oprobio. Los monasterios, en lo antiguo tan santos y tan numerosos, de los Antonios y Pacomios, de los dos Macarios y de otros muchos maestros de la vida perfecta, ofrecian muy pocos asilos, y aun ruinosos y dispersos, á unos monges silvestres, ignorantes, supersticiosos, hereges y cismáticos obstinados. Tales eran, sin embargo, los santos y los oráculos de los cristianos del país aun mas envilecidos con sus directores. Para poder hablar á éstos debian los misioneros ante todas cosas grangearse la estimacion ó la benevolencia de los monges, y á este fin ir á visitarlos con increíble trabajo á los arenales y á las rocas áridas en que están acantonados al oriente y occidente de la llanura de Egipto.

46. Este país singular por tantos títulos, y cuya situacion es necesario representarse para formar idea de los viages y trabajos de sus nuevos apóstoles; este teatro de las maravillas y de la omnipotencia humana, si podemos esplicarnos así, se estiende de medio-dia á norte, desde la última catarata del Nilo, hasta la embocadura de este rio en el Mediterráneo, en una longitud de mas de doscientas leguas, y de veinte á veinticinco de latitud, á escepcion de la parte inferior del Cairo, donde ensanchándose por espacio de treinta y cinco leguas, llega á tener ciento de ancho en la orilla del Mediterráneo; pero en cuanto

á la parte superior, se puede decir, relativamente á su riqueza y poder, que no tiene mas de cinco á seis leguas de latitud, pues no se estiende á mas el terreno que se cultiva. Así el opulento Egipto está reducido al valle del Nilo, rodeado de dos cordilleras por levante y poniente. Todo lo demás es un terreno desierto é inculto en todos tiempos. Por esto y por su antigua magnificencia, confirmada hasta nuestros dias por sus soberbios monumentos, se puede formar alguna idea de su prodigiosa fecundidad, procedente de las inundaciones anuales del Nilo, el cual cubre sus riberas por una grande estension de terreno con una arena negra y muy sutil, en que casi todo lo que se siembra crece sin ningun cultivo. Tambien se pueden conciliar de este modo las ideas tan contrarias del suelo maravilloso de Egipto, y de tantos desiertos como se nombran en la historia de sus innumerables solitarios.

47. Las llanuras áridas y areniscas de Esceta, el monte de Nitria, la isla de Tábena, la Tebaida oriental y las rocas inmediatas al mar Rojo, eran los retiros mas poblados de aquellos ángeles terrestres ó de aquellos celestes mortales. Desde la orilla del brazo mas occidental del Nilo, en el bajo Egipto, despues de una hora de camino por una campiña fértil y deliciosa, se entra en las arenas del desierto de Esceta, que se estiende como unas tres jornadas de oriente á occidente, entre la corriente del Nilo y la Libia, y otro tanto de medio-dia á septentrion, entre el monte de Nitria y las cercanías del Mediterráneo. Habia

allí antiguamente mas de cien monasterios, y mas de cinco mil entre cenobitas y anacoretas, de cuyo número eran los Santos Macario, el antiguo ó el egipcio, y Macario el jóven ó el alejandrino, Amon, Arsenio, Apolo, Pambo, Serapion, Pemeno, Daniel, Moisés, el negro, y Juan, el pequeño, todos ellos inmortales por su vida angelical y por las maravillas reservadas á los taumaturgos (1). Solo quedan ahora cuatro monasterios, si es que puede darse este nombre á una especie de atrincheramiento de cerca de cien pasos en cuadro, con una capilla muy pobre; una biblioteca, que consiste en tres ó cuatro cofres llenos de manuscritos cubiertos de polvo; algunos cuartos para las personas y para las provisiones de boca, y una torre para defenderse de las incursiones de los árabes. Toda la comunidad del primero de estos monasterios, que conserva el nombre de San Macario el antiguo, está reducida á un superior, monge y sacerdote, á un portero, tambien monge, y á dos diáconos seculares. Dos de estos monasterios son algo mas numerosos, pues comprenden doce ó quince personas entre sacerdotes, simples monges y seculares recibidos por orden del patriarca copto. El superior es siempre sacerdote, y se le obedece religiosamente.

Se puede decir que estos solitarios son muy buena gente, dejando á un lado la heregía. Todas las noches antes de retirarse á sus celdas se postran delante del superior para acusarse de sus faltas y recibir la bendición. Su voluntad, que es la que los dirige y los

(1) *Cart. edif. t. 5. p. 20 y sig.*

ocupa, es la principal regla que tienen. Emplean mucho tiempo en el coro, así de dia como de noche, y en los intervalos se egercitan en el trabajo de manos. Se les dice misa todos los domingos y los miércoles y viernes de las cuatro témporas del año. Comen y visten como la gente del campo. En cada uno de estos monasterios se ven las ruinas de dos ó tres iglesias, de muchos dormitorios, de varias oficinas y de gran número de celdas. En el de San Macario, en particular, se conservan todavía cinco altares y cinco cúpulas de una iglesia muy grande que está arruinada, sostenidas de veinte columnas de hermoso mármol, pero de orden gótico.

48. Para presentar de una vez todo lo que puede dar idea del destrozo que han causado el cisma y la heregía en una iglesia tan floreciente en lo antiguo, no tendremos dificultad en colocar aquí algunos hechos aislados que no se verificaron hasta los años siguientes. En estas ocasiones es cuando puede preferirse el orden de las cosas al de los tiempos. Visitando estos monasterios el padre Sicard, observador tan inteligente como celoso misionero, reconoció mas de otros cincuenta destruidos casi de todo punto. En el monasterio de la Virgen de los surianos, que es el mas hermoso de los cuatro que subsisten, traspasó el corazon de este hombre apostólico el espectáculo de la vida austera y mortificada de los solitarios que le habitaban, y el considerar que de nada les servia para el cielo por su adhesion al cisma y á la heregía. El superior, que le recibió con grandes demostraciones

de amistad, le obligó á comer en el refectorio, y se redujo todo el banquete á una grande hortería llena de lentejas guisadas con mucho pan. Por la noche se les da un plato de las heces de la caña dulce, ó de cebollas secas ó humedecidas con agua salada y otras cosas semejantes, cuyo menor defecto es la insipidez, y las hay tales, que su olor es intolerable, á lo menos para los europeos. Estos monges nunca beben vino, y toman café muy raras veces. Duermen vestidos, y sin mas cama que unas esteras tendidas en el suelo. Tienen dividido todo el dia entre la salmodia y el trabajo de manos. Sin embargo, están gordos y buenos, y tienen bastante robustéz.

El misionero empleó las horas del dia y de la noche que les quedaban libres en hablarles acerca de las verdades católicas, acomodando á su genio el estilo y los modales, y procurando grangearse su afecto. Les decia, por ejemplo, que no se fijasen en la idea falsa que tenian de los francos, esto es, de los latinos. „¿Qué significa el nombre de Colfo? les preguntó. ¿No entendeis por él un discípulo de los bienaventurados Atanasio y Cirilo; un verdadero siervo del hijo de Dios hecho hombre, y un hijo respetuoso de la santa Iglesia, su esposa?“ Como ellos respondieron desde luego que era así en efecto: „pues bien (replicó), aunque franco, soy cofto, y mas cofto que vosotros. No os corresponde llamaros discípulos de unos padres de la Iglesia cuyos libros no habeis leído jamás. La verdadera doctrina de los santos padres fue corrompida por vuestros falsos profetas, y

esos falsos profetas os enseñaron sus errores, como si fuesen la verdadera doctrina de los santos padres. Creisteis imprudentemente á esos nuevos doctores, sin mas testimonio que su palabra, y sin examinar si eran, como dice el Evangelio, de aquellos hombres enemigos que vienen á sembrar la cizaña entre el buen grano. Compadecido yo de vuestra desgracia, que vosotros no conoceis, he acudido á socorremos como buen hermano.“ Todos le respondieron dándole la bienvenida, manifestando en su semblante y movimientos unas veces inquietud y otras alegría.

Entonces sacó el Evangelio traducido al arábigo, y segun la costumbre del país le besó y se le puso sobre la cabeza. Los monges alargaron inmediatamente las manos para cogerle y besarle tambien; pero el misionero le retiró de pronto y le ocultó en el seno, diciéndoles que eran indignos de tocar con las manos unas verdades que hollaban con los pies, despreciando igualmente los preceptos divinos que espresaban; y con voz sostenida: „sabad (les dijo) que el dedo de Dios ha grabado ya en este libro santo la sentencia de vuestra condenacion.“ „¿Pues qué somos rebeldes al Evangelio (esclamaron ellos con sobresalto)?“ „Leed (replicó el ministro evangélico), leed y vedlo vosotros mismos; ¿no está escrito: *No juzgueis, y no sereis juzgados?* ¿Con qué temeridad os atreveis, pues, vosotros y vuestros padres, por espacio de tantos siglos, á juzgar y condenar á los que reverencian el santo concilio de Calcedonia? Dioscoro y sus secuaces ¿eran superiores á las leyes evangélicas? Esos

corruptores de la sagrada Escritura tuvieron la audacia de violar la fe de la Iglesia; pero la Iglesia castigó su atestado arrojándolos de su seno. ¿Y serán ahora mas dignos de vuestra creencia que los Santos Crisóstomo, Gregorio, Basilio y tantos otros divinos doctores que os habia enviado el cielo para dirigiros en la fe y esparcirla en todo el universo con sus doctos escritos? ¿Acaso pretendéis que vuestros ayunos y vigiliass os defiendan de los rayos de la Iglesia y de la reprobacion del cielo? ¿Ignorais que sin la verdadera fe, que es la única que nos hace hijos de Dios y coherederos de Jesucristo, es imposible agradar al Señor y librarse de la severidad del Juez formidable de vivos y muertos?" Hicieron tanta fuerza estas palabras á los solitarios, que se levantó inmediatamente el mas anciano y acreditado entre todos ellos, y dijo con ingenuidad que tenia razon el franco, y que á nadie debía acusarse de heregia sin que precediese la decision de la Iglesia católica. Todos aplaudieron al buen viejo, el cual continuó siempre en lo sucesivo sosteniendo la fe con no poco fruto.

49. Tambien predicó el padre Sicard las verdades evangélicas á aquellos árabes ó bandidos que están continuamente recorriendo el país para despojar á los viajeros y robar en las casas en que pueden introducirse. Apenas salió del monasterio cuando dió con una partida de aquellos salteadores, los cuales le pidieron desde luego la bolsa. „No llevo dinero (dijo con resolucion).” „Pues dadme á lo menos (replicó uno de ellos) unguento para una herida que me

incomoda mucho." Con estos remedios hallan los misioneros fácil entrada en todos aquellos pueblos. Le dió el unguento, y acudiendo á él todos los demás como á un médico hábil, le esplicó cada uno los males que padecia. Despues de haber aliviado á muchos: „todos vosotros (les dijo) teneis una enfermedad mucho mas peligrosa, y sin embargo nadie me pide remedio para ella. Esta enfermedad funesta es la perversa propension que os mueve á robar y á cometer otros muchos delitos, que os hacen odiosos á Dios y á los hombres, y os conducirán infaliblemente, si no mudais de vida, á un fuego devorador en que arderán vuestros cuerpos y vuestras almas por toda la eternidad." Oyeron esto con una atencion y sensibilidad que dieron motivo para esperar que la semilla de la salvacion arraigaria por lo menos en el corazon de algunos de ellos.

Los desgraciados pueblos del Egipto casi nunca oian hablar de las verdades de la salvacion, y si se les tocaba algun punto religioso, era solo para desfigurarle con fábulas y ficciones supersticiosas que inspiraban desprecio de la religion. Los párrocos y los monges estaban sumergidos en la mas crasa ignorancia.

50. No obstante, encontró el misionero en Girge, capital del alto Egipto, un párroco, llamado Josef, mucho mas ilustrado que los otros, y verdaderamente hombre de bien. Al mismo tiempo que sus cólegas toleraban todos los vicios, y bendecian sin escrúpulo los matrimonios de los hombres que abandonaban

á sus mugeres para casarse con otras, habia éste formado y cultivaba con esmero un corto rebaño de verdaderos fieles, que miraban con horror la heregía de Eutíques, y honrañan con sus costumbres la pureza de su fe. Los presentó al misionero, el cual los exhortó tiernamente á la perseverancia, y aumentó su corto número con nuevas conversiones antes de separarse de ellos. Mucho tiempo despues supo que continuaba este prodigio de edificacion en medio de la corrupcion general.

51. Pasó en seguida á la baja Tebaida á visitar los monasterios, antiguamente tan célebres, de San Antonio y San Pablo, ermitaño, cuyos monges tenian aun grande autoridad sobre aquellos pueblos; y se le ofreció un nuevo motivo de consuelo en la aldea de Bajadie, á la orilla oriental del Nilo. Los habitantes, que eran todos cristianos sin ninguna mezcla de mahometanos, le recibieron con todo el respeto y ternura que hubieran podido manifestar unos hijos á su propio padre, y oyeron sus instrucciones con la mayor docilidad. Solo se detuvo un dia con ellos, lo que les fue muy sensible, y pasó el rio á la caída de la tarde para ir á hacer noche en el antiguo monasterio de San Juan, el pequeño, que está á una legua de distancia, y no tiene mas que el nombre de tal. Algunas familias cristianas se han establecido en él, y han construido al rededor de la iglesia como unas cincuenta casas. Cerca de aquel parage empiezan las famosas grutas de la Tebaida, escabadas en un espacio de quince á veinte leguas, en una cordillera cuya

falda está bañada por el Nilo, y corre este rio tan cerca de ella, que por lo comun no se aparta mas de legua y media, ó á lo mas una legua corta. De allí sacaron los antiguos Reyes de Egipto los granitos y los mármoles preciosos que empleaban en sus soberbios monumentos, y aquellas canteras abandonadas fueron las habitaciones que eligieron los ángeles terrestres que no querian ser contados en el número de los humanos.

52. Al otro lado de esta cordillera y de una llanura tan desierta como estéril, está situado el monasterio de San Antonio, á la falda del monte Cobsim, que forma otra cordillera á la orilla occidental del mar Rojo (1). No hay mas que una legua corta de distancia directa entre este monasterio y el de San Pablo, ni mas intervalo que el grueso de una peña entre la gruta de San Pablo y la de San Antonio, el cual estuvo, sin embargo, andando dos dias enteros, segun la relacion de San Gerónimo, para ir de una á otra; pero aquellas rocas, que á lo mas son accesibles á los gamos y á los tigres que los persiguen, son tan intransitables para los hombres mas vigorosos, que necesitan ocho ó diez horas de camino para llegar al mismo parage por las gargantas de la montaña. Estos dos monasterios y todas sus cercanías ofrecen una perspectiva horrorosa, que obliga en cierto modo á disgustarse de toda la naturaleza para no pensar sino en el Criador. El monasterio de San Pablo, situado

(1) *Cart. edific. t. 5. p. 167 y sig.*

en el centro del monte Cobsim, tiene á la parte oriental las riberas deliciosas del mar Rojo, el que solo dista dos ó tres leguas; pero nada de esto se vé desde allí, porque hay delante unos montes áridos y ennegrecidos con el ardor del sol. Los dos monasterios son una especie de reductos cuadrados, con paredes muy sólidas y altas, pero sin puerta. El continuo temor que inspira el latrocinio de los árabes sugirió la idea de subir por una ventana que está á mucha distancia del suelo, valiéndose para ello de un gran cesto con una cuerda y una garrucha. En el recinto, que es de cuatro y media á cinco fanegas de tierra en el monasterio de San Antonio, se encuentra al principio un patio, en que están las celdas con la capilla, y despues un jardin de donde sacan los monges verduras y legumbres. El monasterio de San Pablo es menos espacioso, y los monges en menor número que en el de San Antonio, aunque en éste no pasan de quince, y entre ellos hay solamente dos sacerdotes, incluso el superior.

Su vestido consiste en una camisa de lana blanca, una túnica de sarga parda, una capilla y una capa negra. No gastan medias, y se quitan los zapatos para entrar en la iglesia. Observan los tres votos de religion, y guardan un silencio riguroso. Nunca comen de carne, á lo menos en el monasterio; no beben vino sino en las fiestas mas solemnes; ayunan todo el año, escepto el sábado, el domingo y el tiempo pasqual; rezan de pie las horas canónicas; se postran ciento y cincuenta veces todas las noches; van al

coro á media noche, y se acuestan vestidos encima de una estera. Entre estos monges hay algunos que profesan una vida mas perfecta que los otros, y practican muchas mas austeridades. Éstos, entre otras cosas, se postran trescientas veces cada noche, y no hablan jamás con los huéspedes. Se distinguen por un escapulario que llaman hábito angélico, cuyas estremidades están todas tegidas de cruces. Esta vida tan penitente, á pesar de la degradacion de aquellos solitarios, hacen muy creibles las maravillas que se nos refieren de sus padres los Pablos, los Antonios, los Hilariones, los Macarios y los Pacomios.

Pero estas virtudes no son mas que un simulacro que sirve de pábulo al orgullo de sus hijos, aun en medio de la degradacion vergonzosa á que los han reducido el cisma, la heregía y la impiedad, ó la ignorancia crasa que los induce á buscar en la mágia el arte de hacer milagros. Llenos de presuncion, y preocupados contra la creencia católica de un modo absurdo, oyen con desprecio las doctrinas mas á propósito para disipar sus tinieblas. Lo mas que pudo hacer el misionero fue escitarles algunas dudas, poniéndoles á la vista el Evangelio, que respetan mucho, y esplicándoles los pasages que mas visiblemente se oponian á sus errores. A la vuelta vió el monasterio de Távena, situado cerca de la isla del mismo nombre, formada por el Nilo. No encontró monges, sino un monton prodigioso de edificios arruinados, que no permiten dudar del gran número de discipulos que atribuye la historia á San Pacomio. Hé aquí